

EL MAESTRO

Màrius Mollà



1.ª edición: febrero, 2015

© Màrius Mollà, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5626-9

DL B 197-2015

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.

Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo

08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Dedicado a todos los proyectos vitales

Algo es cierto: aquí nos falta la naturaleza.

ROBERT WALSER,
Jakob von Gunten

Prólogo

Al oír las pisadas vacilantes acercarse por el pasillo detrás de la puerta, Raquel apagó la vela y en un movimiento rápido se metió en la cama. Había estado un buen rato acurrucada junto a Arnau, hablándole de esto y de aquello, hasta que se quedó dormido y, después, se le había hecho tarde guardando la ropa limpia. El día había sido demasiado largo y estaba demasiado cansada como para inventar nuevas disculpas. Solo esperaba haber oscurecido la habitación a tiempo, antes de que él estuviera lo suficientemente cerca como para distinguir el reflejo a través de la rendija por debajo de la puerta.

Estaba ya cubierta con la sábana cuando cayó en la cuenta de que llevaba la chaqueta todavía sobre el camión. Se la había puesto para abrir un momento la ventana y ventilar el dormitorio y se había olvidado de ella. Ni siquiera en pleno verano molestaba una manga más en esas tierras de montaña. Pero si no se la quitaba, a él le extrañaría y querría saber el motivo por el que llevaba una chaqueta para dormir. Sobre todo a finales de julio. ¿Es que acaso se había vuelto loca? No era que le importara la posibilidad de que ella tuviera frío o se encontrara destemplada, nada de eso. Era solo por la simple gracia de discutir, algo que a él se le daba francamente bien: bastaba que un detalle le descuadrara para aferrarse al mismo y agrandararlo hasta la exageración, hasta convertirlo en una razón lo suficientemente consistente y sólida como para hacerla sentir un mísero ser sin espíritu. Quizá se había dejado

acostumbrar tras múltiples intentos de lucha; las fuerzas acaban por flaquear si al final del túnel no se halla luz esperanzadora alguna. Y más de diez años a oscuras eran muchísimos.

Pero la cuestión que la ocupaba ahora era la chaqueta: ¿se la quitaba? Si se decidía a hacerlo tendría que tomarle como mucho unos segundos... ¿Le daba tiempo? Escuchó la respiración profunda de Arnau en la cama al otro lado de la habitación y le transmitió un poco de confianza y de paz. Se le oía tan reposado en su sueño que por un momento imaginó que el día pudiera serle igual de plácido. No iba a negarle ese momento de calma a su hijo, tenía que evitar a toda costa la discusión con su esposo. Raquel se deshizo de la sábana, salió de la cama, corrió descalza al armario y, en un gesto rápido, lanzó la chaqueta a su interior antes de cerrarlo y regresar a la cama. No quiso encender la vela para no perder tiempo y para evitar una mayor probabilidad de que él la descubriera, pero la noche era hartamente cerrada como para distinguir el saliente del baúl a los pies de la cama y Raquel acabó clavándose en mitad de la espinilla desnuda. Se llevó la mano a la boca para ahogar el grito, aunque no pudo hacer nada para impedir el pequeño estruendo que acababa de provocar. La suerte no era algo que la hubiera acompañado nunca y no iba a ser diferente en esta ocasión: la puerta se abrió justo en ese instante rompiendo toda posible quietud.

El rostro de Bartomeu apareció bañado en las sombras provocadas por una lámpara de queroseno. La mueca grotesca puso a Raquel en alerta: el hoyuelo del mentón más hundido que nunca y las ojeras que enterraban su mirada hueca en una expresión cadavérica, más cercana a la de la muerte que a la de un hombre; bien podría haber sido el demonio en persona y el retrato no habría cambiado. Raquel se quedó paralizada, incierto todavía el lado hacia el cual se inclinaría el fiel de la balanza.

—¿Qué estás haciendo aún despierta?

Ya se había pronunciado. Raquel seguía escuchando la respiración profunda de su hijo, a pesar de que su marido no la tuviera en cuenta para medir su tono.

—Quería acabar de organizar la ropa.

Bartomeu dejó la lámpara en el taburete que hacía de mesilla y

fue a cerrar la puerta a su espalda. Impedía así todo fisgoneo a los curiosos, a los que no tenían voz en los asuntos de su familia.

—¿Será que el día no tiene horas, que tienes que hacerlo de noche?

Ahí estaba: siempre había un momento en toda disputa que ejercía de punto de inflexión ante lo que vendría después. En ese dormitorio, entre su marido y ella, en ese momento, el papel lo desempeñaba la pregunta que no esperaba respuesta y que, sin embargo, tampoco podía ser ignorada. Ninguna palabra que saliera de esa boca fruncida podía ser ignorada.

—De día he estado haciendo otras tareas. No me ha dado tiempo a acabar. Lo siento.

Explicar a Bartomeu que se había pasado un buen rato echada al lado de su hijo en la cama hablándole de cómo había transcurrido el día, sin más, y escuchando sus preguntas, fantaseando sobre los animales que le llamaban la atención, era casi impensable, una pérdida de tiempo; algo de lo que avergonzarse incluso. Para su marido, Arnau era rarito y cuanto menos complaciente fuera con él, mejor. La fuerza bruta y las órdenes eran las únicas medicinas que necesitaba. No era así cómo pensaba ella, que quería a su hijo por encima de todo; seguramente representaba lo único bueno que había surgido de ese matrimonio prematuro, aunque bueno no significara siempre fácil: sí, Arnau se había metido en más de un problema, no pretendía negarlo.

—Ja, ja, ja...

Las carcajadas de Bartomeu atronaron entre las cuatro paredes.

—Así que no te ha dado tiempo a acabar. Seguro que si no estuvieras de cháchara con todo el mundo y te dedicaras solo a trabajar no te pasaría esto...

Raquel se sentó en la cama asintiendo, del todo doblegada ya ante él. Ella no importaba, era insignificante, como bien le había dicho su esposo mil veces en mil malos momentos. Su intención era no decir nada más hasta la mañana siguiente. Hacía ya unos segundos que la respiración dormida de Arnau había dejado de ser audible. ¿Se habría despertado? Solo pensaba en acallar esa voz reprobatoria; lo que menos necesitaba su hijo era sentirse res-

ponsable. Pero, por desgracia, Bartomeu no había terminado. Su tono arrastrado fue ganando en intensidad.

—¡Ya me gustaría a mí estar todo el día de parloteo! ¿De qué habláis? ¿Como si hubiera tantos temas de conversación! A no ser que os dediquéis a cotillear, claro. ¿Hablas a Ramona y a las demás chismosas de mí, de lo que pasa entre nosotros?

Bartomeu curvó el cuerpo hacia delante apoyando las manos en la cama y plantó su rostro delante del de su mujer, muy cerca. Los vapores del alcohol alcanzaron a Raquel y tuvo que tragarse una náusea. Con ella, también tragó saliva y se preparó para lo que venía. No era la primera vez. De reojo, percibió cómo su hijo se escondía debajo de las sábanas y de la almohada en un vano intento por no oír. «Lo siento, lo siento, lo siento...», se repetía ella en silencio, deseando que su disculpa pudiera alcanzar los oídos de su hijo en una especie de truco mágico para que fuera consciente de cuánto le dolía hacerle pasar tan a menudo por momentos como ese. Definitivamente su esposo tenía razón y ella no era suficiente para él.

—¿No me respondes? —Bartomeu agarró la fina barbilla de Raquel para controlar su mirada y obligarla a centrarla en él. Sus manos llenas de callos y durezas eran fuertes.

Raquel negó con la cabeza mientras pronunciaba un tímido no.

—¿Me llevas la contraria? ¡Así que tengo una esposa grosera, además de chismosa!

—Me refería a que...

—¡Cállate! Se acabó el hablar tanto.

Bartomeu clavó entonces su mano en la boca de Raquel. Al hacerlo se aseguró de cubrir también gran parte de la nariz. Cuando su mujer trató de zafarse, comenzó a apretar más y más.

—Habla solo cuando yo te diga y con quien yo te diga, ¿me entiendes?

Con el movimiento limitado, Raquel asentía ahora nerviosa, solo a fin de que Bartomeu le permitiera el paso del aire, pero su marido no dejaba de apretar. Él forzó más los dedos de la mano para asegurarse de que la nariz quedaba completamente cubierta. Por mucho que Raquel sacudiera la cabeza para escapar de esa asfixia no lo conseguía. Sus intentos por respirar se traducían en rá-

fagas atropelladas de gemidos ahogados que pretendían filtrarse por entre los dedos de quien la quería ahogar. Cada vez más seguidas, más frenéticas, más desesperadas... Mientras Bartomeu la obligaba a echarse hacia atrás hasta apoyar la espalda para utilizar el camastro como soporte en su intención, el pecho de Raquel ascendía y descendía procurando absorber todo el oxígeno posible, pero seguía vacío...

La habitación en penumbra empezó iluminarse con pequeños destellos al tiempo que una punzada de dolor atravesaba su cráneo. El aire no llegaba y esa garra diabólica seguía presionando su boca, su nariz... Los ojos le vibraban tan secos como sus pulmones. Dirigió una última mirada a la cama de Arnau. Al no verlo allí se permitió entregarse al fin de su esposo: su hijo había salido del dormitorio, de esa cámara de tortura, y estaría seguramente a salvo. Raquel sentía que la oscuridad en la que había vivido tantos años se cernía lenta sobre ella. Ya no podía ver nada, solo sentía que se hundía más y más en ese colchón que acabaría enterrándola. De pronto, la mano se retiró y fue la desgraciada conciencia de ello la que le hizo comprender que el infierno no había terminado todavía. Bartomeu, no contento con lo que acababa de suceder, se soltó los pantalones y obligó a su mujer a tumbarse de bruces sobre la cama...

PRIMERA PARTE

Principios básicos de la Escuela Moderna

1. *La educación de la infancia debe fundamentarse sobre una base científica y racional; en consecuencia, es preciso separar de ella toda noción mística o sobrenatural.*

2. *La instrucción es parte de esta educación. La instrucción debe comprender también, junto a la formación de la inteligencia, el desarrollo del carácter, la cultura de la voluntad, la preparación de un ser moral y físico bien equilibrado, cuyas facultades estén asociadas y elevadas a su máximo de potencia.*

3. *La educación moral, mucho menos teórica que práctica, debe resultar principalmente del ejemplo y apoyarse sobre la gran ley natural de la solidaridad.*

Mil hombres, mil vidas. ¿Por qué habría de tener importancia el deambular de cualquiera de ellos aquel primer miércoles de agosto de 1914?, se preguntaba el viajero con la frente pegada al cristal del vagón. Conocía sin embargo la respuesta: ninguna vida valía más que otra, por mucho que la trascendencia de cada sujeto fuera tan diversa a su paso por este mundo. Esa misma heterogeneidad la recogía el paisaje que discurría ante él a través de la ventanilla, y nada tenía que ver con la claridad y determinación de sus pensamientos. Muy distinto había sido el batiburrillo de sensaciones que habían recorrido su cuerpo al partir de Francia de regreso a España. Al principio fue una decisión, nada más, volver, la necesidad de olvidar o de recomponerse, empezar de nuevo, de cero, sin dar nada por supuesto. Después ya solo dudó de a dónde regresaba. Y, al final, simplemente de cuál podría ser la estación donde aparecerse. Porque esa era una decisión que aún debía tomar.

En medio del calor insoportable de la tarde, el convoy se dirigía a Granollers. Atrás quedaban Massanet-Massanas y el enlace con el camino más directo a la Ciudad Condal, atravesando Mataró. Si bien todavía podía decidir dirigirse a Barcelona por el norte, no era esa su elección.

Se desabrochó un botón de la arrugada camisa de lino blanco y retornó la vista al libro que tenía en sus manos. Thoreau, aquel que curiosamente fuera fabricante de lápices a la vez que agrimensor y naturalista, era considerado uno de los padres fundadores

de la literatura norteamericana. En *Walden*, relataba su experiencia en los bosques: dos años, dos meses y dos días en Concord, Massachusetts, en el corazón de la naturaleza, junto al lago del mismo nombre que el título del ensayo. El hombre lanzó un suspiro; tenía la impresión de que en esos momentos, convulsos en Centroeuropa, él no necesitaba más que unos minutos de aire puro para concluir que el camino de la naturaleza era algo que el hombre no debería haber olvidado jamás.

Entre las palabras del escritor americano —una inspiración para él en esos días; había incluso fantaseado con la construcción de su propia cabaña de madera— se colaban pensamientos que diferían la comprensión de lo que leía. No podía evitar rememorar la imagen, casi fresca, de los conocidos que quedaban atrás, así como tampoco los recuerdos difusos de sueños transparentes, ahora sombras de un pasado que quería olvidar.

—¿Cuántos años tiene usted? —El humilde anciano que se sentaba en el banco opuesto al suyo había roto el rumor adormecedor del tren por tercera vez. Las dos anteriores, mucho rato antes, para preguntar dónde había nacido y a qué se dedicaba.

—Cuarenta y tantos —respondió con desinterés, seguro de lo que ocurriría a continuación: en cuanto el hombre hubiera oído lo que él acababa de contestar, lo ignoraría y aprovecharía para contarle algo más de su melancólica vida. Había llegado a la conclusión de que para el viejo era una necesidad escucharse a sí mismo, o quizá constituía, a ratos, su único entretenimiento, algo conocido frente a la incertidumbre de cualquier trayecto.

—Yo voy a cumplir setenta y dos el mes que viene. Muchos lustros, ¿no cree? Ya no tengo amigos que me puedan sobrevivir. Puede que tampoco yo dure mucho más. —Sonrió con amargura—. Por eso voy a visitar a mi hija. Seguro que su marido tendrá preparado trabajo para mí, pero no me importa. Prefiero sentirme útil. Desde que mi mujer murió —hizo una pausa para mirar hacia arriba, en un gesto que no admitía dudas sobre la piedad de la difunta; aprovechó para secarse el sudor de la frente con algo más parecido a un trapo que a un pañuelo—, prefiero pasar el verano ayudándoles. Es a costa de descuidar mis propias obligaciones, claro, pero a mi edad qué más da, ¿no cree?

Otras personas del vagón atendían curiosas a las explicaciones del anciano, mucho más que él, que seguía empeñado en leer. Como en las dos ocasiones anteriores, se quedaron todos con la explicación a medias, porque de nuevo el hombre se inclinó hacia atrás hasta descansar la cabeza y volver a dormir. Algunas almas cándidas levantaron condescendientes las cejas ante el desvarío del viejo; su ropa sucia y mil veces zurcida hacía pensar en todo tipo de explicaciones menos en la de que alguien le esperaba en alguna parte con los brazos abiertos. Qué ingenuidad la del setentón; Austria-Hungría había declarado la guerra a Serbia y Alemania a Rusia y Francia y seguro que el pobre hombre ni se había enterado.

Poco más tarde, cuando el tren comenzó a aminorar su marcha anunciando la siguiente estación, el viajero apartó el libro a un lado y cerró por un momento los ojos como si se diera tiempo a digerir lo leído. Con la sacudida de la última frenada se desentumeció y se levantó del asiento.

Todo ocurrió muy deprisa. De un vagón más adelante saltó a toda velocidad un joven vestido con pantalón y gorra de pana marrones, camisa y faja negra. Tras él corrió el revisor, descuidado en su uniforme. En mitad del andén, una pareja de la Guardia Civil, acostumbrada sin duda a ese tipo de apariciones, le cerró el paso al fugitivo con agilidad. Uno de ellos hizo tomar impulso a su fusil y sin pensárselo dos veces descargó un terrible golpe contra una de las rodillas del fugitivo. Desde el tren se oyó con claridad un crujido y el chillido del joven. La pierna se le dobló al revés de su movimiento natural y el cuerpo cayó tendido en el suelo. El fusil se levantó de nuevo en una clara amenaza, aunque no hizo falta que actuara otra vez. El mozo se hizo un ovillo alrededor de la rodilla desencajada, en un gesto inútil por mitigar el dolor.

Los gritos iniciales disminuyeron poco a poco y se transformaron en una especie de súplica mientras el revisor hablaba en medio de aspavientos a la pareja de guardias y al jefe de estación, que se había acercado a la carrera. El viajero, impresionado, no pudo contener su curiosidad y, sin pensar en nada más, ni siquiera en si el tren iba a detenerse más o menos tiempo, descendió del vagón.

—... el muy cabrón. ¡Y es que no escarmientan! —Solo alcanzó a la conclusión de la perorata del revisor.

—Este sí. —El del fusil aprovechó para señalar hacia el suelo mientras torcía la boca en un gesto socarrón—. Por eso yo no me ando ya con remilgos, de modo que... algo se llevan. Se acabó lo de irse de rositas. No se preocupe; queda a nuestro cargo si se comprometen a firmar mañana la denuncia que redactaremos en el cuartelillo.

El joven, aún acurrucado en el suelo, gemía y lloraba de dolor.

—Por supuesto. Pero en nombre de la compañía de los ferrocarriles, ¿eh? —señaló el jefe de estación.

—Como siempre. Descuide. De paso, en el cuartelillo... este igual nos cuenta algo más. Con esta gente siempre puede haber sorpresas —soltó el guardia a la vez que reía como para sí mismo. En ese instante su mirada se cruzó con la del viajero y este la desvió de inmediato.

Los uniformados se despidieron con ademanes marciales más bien relajados. Recogieron aquella piltrafa del suelo y comenzaron a arrastrarla fuera de la estación, indiferentes a los quejidos que volvían a surgir de la garganta del herido.

El revisor intercambió unas palabras con el jefe de estación. Acto seguido giró sobre sus talones y comenzó a escrutar el andén de punta a punta. Dirigió miradas tanto a los que habían descendido como a todos los curiosos que se asomaban por las ventanillas. El viajero se dio por aludido y, tras una vacilación, subió al vagón para recuperar sus pertenencias. Algo se había removido en su interior. Acababa de elegir parada.

Recogió el libro, la chaqueta doblada, la gorra de visera y la maleta de cartón. Saltó al andén cuando el tren ya silbaba su partida.

Sobre el cemento desportillado, dos niños, de la mano de una mujer que los soltó para abrazar a una señora mayor, seguramente la abuela, le miraron curiosos. La atención de los chiquillos se desvió enseguida hacia una campesina que transportaba dos grandes cestas, dentro de las cuales se revolviéron unos pollos tan pronto las levantó. La mujer seguía a su marido; él cargaba un saco en cuyo interior también se movía algo. La señora mayor comen-

zó a besuquear a los niños y estos se vieron obligados a perderse la morbosa atracción de la cautividad de los animales. Luego su madre los empujó con suavidad hacia el exterior.

En cuanto el viajero percibió por fin suficiente paz en el andén, depositó la maleta en el suelo, la abrió y colocó con cuidado el libro en su interior, junto a los otros que transportaba, libros queridos. Para que continuaran protegidos, arrebujo contra ellos las mudas de ropa interior y aliso el par de camisas y pantalones que había depositado encima. Cerró las dos correas y dejó la maleta de pie. Extendió la chaqueta para que colgara a lado y lado, se incorporó, se encasquetó la gorra y, bajo el sol de la tarde, disfrutó del momento de soledad que le ofrecía el apeadero. El convoy se había perdido por el suroeste y su sonido había sido ya enteramente sustituido por el cantar de las chicharras.

Unas letras azules pintadas sobre baldosas blancas proclamaban en la pared del edificio de la estación que se hallaba en Sant Celoni. Retrocedió apenas unos pasos, se situó junto a la vía y, con una mano a modo de visera, contempló un buen rato el horizonte en dirección a donde quedaría situada Barcelona. Sintió una punzada en su interior. No; demasiado pronto para acercarse, la herida todavía era reciente. Es difícil volver a levantarse después de haberlo perdido todo, sin un asidero, sin la calma de una convicción a la que aferrarse.

Sacudió la cabeza alejando de sí ese pensamiento incierto, achacándolo a la temperatura, que comenzaba a hacerle hervir la sangre en las sienas. Como si tratara de buscar un contraste, dio media vuelta e, igual de inmóvil, paseó la vista por el macizo montañoso que se levantaba al norte. El Montseny se perfilaba vigoroso, insensible a la reverberación del calor que ascendía de la tierra ardiente.

Catorce años antes, el 31 de diciembre de 1899, tonteaba el calendario con el inicio de un nuevo siglo, desvergonzado e irreversible, y parecía que todo estaba ya a punto para la celebración de las fiestas del cambio de centuria.

En una de las mansiones de inspiración modernista de San Gervasio el jardín lucía especialmente hermoso. Nadie podía imaginar los desvelos del jardinero anónimo que cuidaba desde siempre de aquel respetable rincón barcelonés. ¿Qué plantas resistirían mejor las inclemencias del frío? ¿Cuáles daban flores en los meses fríos y grises? ¿Qué arbustos podrían ser recortados a placer sin que asomaran troncos nudosos entre las tonalidades más agradables a la vista? Años atrás, el floricultor se había decidido por jazmines moriscos, fragantes madresevas, mimosas y brezos blancos, rodeados todos ellos de hiedra perenne y, por supuesto, flores de Pascua. Como resultado, el ambiente olía a hierba fresca, resplandecía el verde y habría sido tarea propia de un ojo muy crítico localizar una sola hoja mustia o fuera de lugar.

También la fiesta había sido organizada concienzudamente —lo señalado de la fecha no se le había escapado a ninguna familia de buena posición—, aunque los anfitriones quisieran dar la impresión de que para ellos aquello no había supuesto esfuerzo alguno. Pasadas las diez de la noche la mayoría de los invitados charlaban risueños con amigos y conocidos. El empeño del jardinero no era objeto de ninguna mención específica, se daba por su-

puesto. Sí lo era, en cambio, el hecho de que un batallón de criados trajinara entre los camareros y se ocupara de reponer carbón incandescente en los braseros que se habían dispuesto por doquier disimulados entre la vegetación. La sensación de confort acompañó la cena a base de canapés y deliciosas raciones de platos cocinados con esmero por el servicio contratado a tal efecto, algo nada fácil en una fecha tan sobresaliente.

Los anfitriones, la familia de joyeros Jufresa, se repartían de manera estratégica por los diferentes espacios a fin de evitar que quedara descolgado algún invitado. Francesc, el paterfamilias, departía en el círculo más destacado; lo internacional era un tema irresistible tanto para políticos como para empresarios. Pilar, su bella esposa, quince años más joven que él y madre de sus cuatro hijos, paseaba de un corrillo de mujeres a otro su elegante vestido de terciopelo granate ornado con una estola de piel. Con su delicadeza característica, se preocupaba de que las bandejas vacías no tardaran en desaparecer y sonreía amable a todos los que cruzaban con ella la mirada. En su deambular, tuvo que amonestar en varias ocasiones a sus dos hijos menores, Ramon, de catorce años, y Laura, de diez, que se chinchaban mutuamente a fin de distraerse de tanta seriedad. Núria, un poco mayor, con su formalidad y su postura erguida, se adaptaba de modo mucho más fácil al ambiente y se mantenía callada junto a Ferran, el hermano mayor, quien, a sus diecinueve años, no se refrenaba a la hora de intervenir en conversaciones con jóvenes mayores que él, procedentes de otras familias importantes de la ciudad, engalanados todos ellos con el correspondiente frac. El grupo se diferenciaba de los de los adultos en que el tuteo era tenido por normal.

—Permitidme que complementé esa afirmación con un reto que yo interpreto que los italianos nos están planteando —dijo Ferran a la vez que movía un índice hacia el centro del corrillo en el que se hallaba. Hizo una pausa teatral y continuó—: El primero que se atreva a adentrarse en parajes hasta hoy desconocidos los colonizará.

—Por supuesto. No solo en el arte, mi querido amigo, lo mismo se terciaba en la industria —añadió Marcial Duaigües, hijo de un conocido industrial accionista de la compañía que batallaba

con la electrificación de los primeros kilómetros de tranvía barcelonés—. Mirad si no lo que está ocurriendo con la energía.

Una interrupción inesperada impidió que Duaigües entrara en el tipo de explicaciones que solía ofrecer a todo aquel que se interesaba por el progreso de la nueva forma de energía. Esta se extendía por la ciudad, a ritmo lento pero imparable, desde que en 1881 la Sociedad Española de Electricidad constituyera la primera empresa de producción y distribución de energía eléctrica en España.

Al grupo acababa de acercarse Domingo Riera, un amigo al que todos conocían y que, a pesar de su apariencia un poco andrógina y edad incierta, todo el mundo respetaba, no solo por su cultura excepcional sino por sus siempre sorprendentes conquistas femeninas. Le seguía a poca distancia un hombre de unos cuarenta años en actitud circunspecta.

—Caballeros, qué placer encontrar reunida a juventud de esta categoría en una noche tan señalada. No me cabe ninguna duda de que todos recordaremos este día. No en vano —intercaló una exagerada pausa en medio del comentario—, será nuestra única oportunidad de atravesar el río, léase cambio de siglo, separador de dos territorios bien distintos el uno del otro.

El círculo se abrió para incorporar a los recién llegados y Riera habló de nuevo:

—Consentid que me encargue de las presentaciones, ilustres compañeros: este agregado de mirada adusta y no menos severo carácter es el señor Francisco Ferrer Guardia; pretende engañarnos con tanta seriedad, pero no lo conseguirá. Más bien debemos aprovecharnos de él y utilizarlo como un estímulo a nuestro intelecto, ahora os diré cómo. —Hizo una pausa que duró lo que la breve reverencia de Ferrer Guardia a todos—. Amigo Francisco, a mi derecha, sin que eso pretenda ser indicativo de nada, se sitúa Ferran Jufresa, el hijo de nuestro querido anfitrión y, por lo tanto, tercera generación de los joyeros Jufresa, de todos conocidos en la Ciudad Condal y parte del extranjero. A su lado, Marcial Duaigües, el hombre más *eléctrico* de este encuentro —acompañó la palabra con un estremecimiento que resultó gracioso a los ojos de los demás—. Afirma que es cuestión de años que todos,

absolutamente todos, dependamos de él. O de su padre, para ser más precisos, que es quien pertenece a la élite incandescente que desarrolla la iluminación de la ciudad y electrocuta los vehículos a sangre.

Riera esperó a que cesaran las risas incrédulas para continuar:

—A continuación, amigo Francisco, una rara avis, léase esponja de todo tipo de conocimiento social que te complacerá conocer. Pablo Bruniquer, treinta y un años, y no se le conocen errores excepto, quizás, esa mirada profunda y el hecho de provenir de una familia más católica que progresista a la que desafió, y de qué manera, el día que decidió estudiar inútiles Letras además de Derecho, en contra de lo que habría sido de esperar de todo pródigo hijo de vecino. Tenemos dudas de lo que para él es valioso en este mundo de locos.

—Encantado también —dijo Ferrer Guardia—. Veo que nuestro común conocido le tiene en alta estima y en no menos irónico concepto.

Pablo Bruniquer amplió su sonrisa. Se abstuvo de llevar la contraria durante la fase de las presentaciones; ya habría mejores momentos de pararle los pies al prolijo Riera.

—Bien, bien... Francisco está viviendo en París —recondujo Riera—. Tiene singularísimas ideas respecto a... casi todo, pero especialmente con relación a la acción política y dónde empiezan los problemas. Aunque, aprovechando su visita a nuestra ciudad, que también es la suya, no es de eso que venía yo hablando con él sino de algo muchísimo más inmediato. Urgente diría yo: del milenarismo.

—¿Del milenarismo? —preguntó Ferran Jufresa, extrañado—. Me dejas de piedra, Domingo. ¿Qué diantre es eso y qué tiene que ver con nosotros? Estamos aquí para divertirnos y para arreglar el mundo...

—¡Exacto! —señaló Riera—. Y, ¿qué se necesita para arreglar el mundo? Vamos, amigos, estrujémonos estas eminentes cabezas con las que Dios nos ha dotado. Aviso, no es baladí la referencia divina.

—¿Un mundo? —respondió Pablo Bruniquer, que enseguida supo por dónde iba aquel maestro de ceremonias.

—¡Afirmativo! Un mundo, amigos, un mundo. Y no lo habrá mañana, o incluso esta misma noche, si se confirman los más aciagos pronósticos de los milenaristas. Porque, según algunos de ellos, con el cambio de siglo llegará, por fin, el segundo advenimiento de Jesucristo. Harto de tanto pecado, el Altísimo enviará de nuevo a su Hijo hecho carne para que reine sobre todos los justos. Si encuentra alguno, claro, me permitiría añadir yo.

El grupo sumó la risa a la sorpresa por el tema que había introducido Riera, siempre provocador, siempre estupendo, que continuó con su docta explicación teatralizando lo serio del asunto:

—Amigos, estamos a horas de sucumbir ante el despropósito de nuestra generación y del legado de las anteriores. Arrepintámonos. La duración de este nuevo reinado podría llegar a ser de mil años, de ahí el nombre del vaticinio. Tenga o no lugar esta noche, qué más da, en este caso mejor tarde que pronto, estamos abocados a un fin tan funesto como cierto. Cristo retornará en todo su poder y su gloria, resucitarán los santos muertos para participar en ese reino terrenal de los justos y destruirá todo poder hostil a Dios.

—Por Dios Bendito, Domingo —intervino Ferran Jufresa—, estamos en un momento muy dulce de la evolución humana. La velocidad con la que se suceden los inventos ni siquiera nos permite asumirlos como tales. Las nuevas máquinas se pisan unas a otras de tal manera que a veces pienso que será imposible desarrollarlo todo a la vez, que estamos corriendo demasiado. Y tú nos atacas por la retaguardia, borras de un plumazo el momento actual y lo sustituyes por un futuro inmediato no adverso, no, ¡inexistente!

Duaigües mostró su aquiescencia con un gesto vehemente levantando ambos brazos y agitando las manos.

—¿Qué mundo van a impulsar las nuevas máquinas eléctricas? ¿Qué mundo vamos a comunicar con el teléfono de Bell? ¿Qué edificios iluminaremos con las bombillas de Edison? ¿Qué pacientes sanaremos con las milagrosas fórmulas magistrales que tanto proliferan? ¿Qué moveremos con las modernas turbinas de vapor? ¿Y con los motores de gasolina o el interesante invento del señor Rudolf Diesel?

—Negativo, amigos. Esto acaba... en unos minutos. —Riera cerró los ojos, se puso la mano en el pecho y dejó caer la cabeza en un gesto contrito—. Recemos lo que sepamos porque todo esto se termina.

—Tengo una idea para lo que nos queda de vida —sugirió todavía muy serio Pablo Bruniquer—: nada de arrepentirse. ¡Pequemos!

—Negativo también, amigo Pablo. Lamento oponerme a esta alternativa, loable sin duda, pero harto peligrosa: predican los milenaristas que para los malvados el fin será peor.

—¿Peor todavía?

—¡Mucho peor! Al final del reino terrenal antes mencionado, dure lo que dure, tendrá lugar la resurrección universal y entonces... los justos entrarán en el cielo mientras que los malvados, cómo no, y no me hagáis imaginar cuántos, serán enviados al fuego eterno del infierno.

Ferrer Guardia se decidió a remachar el clavo:

—¡Ahá! Eso lo explica todo, caballeros. Disculpad por relacionar ambos temas, pero me viene a la cabeza que en Francia muchos están ya convencidos de que descendemos del mono. Solo que, a tenor de lo que nos ha expuesto el bueno de Riera, se me ocurre agregar que... —Ferrer Guardia se puso ambos dedos índices en las sienes para acto seguido señalar hacia delante como si acabara de descubrir algo— lo hicimos sin duda del mono equivocado.

La ocurrencia provocó nuevas algarazas en los contertulios, que no tuvieron ningún reparo en abrirse a aquel hombre afable de frente despejada, bigote y pulcrísima barba. Su postura contenida, a diferencia de lo que se temían de alguien que desde hacía cuatro años estaba viviendo entre franceses de la capital, con fama de poco dialogantes, acabó rota por una conversación franca y autorizada. No se abstuvo de aportar al debate las últimas críticas que se vivían en el país vecino, en especial las que proclamaban los postulados librepensadores:

—Es precisamente esta corriente la que pone en cuarentena cualquier dogma de fe, entre ellos por supuesto el creacionismo y la religión. Examina el milenarismo y su base ideológica con el

fino escalpelo de la razón. De hecho, en lo que refiere a su posible acaecimiento esta media noche, poco deberemos esforzarnos: a las doce y un minuto, si todavía estamos aquí, el rechazo habrá sido una práctica de empirismo puro.

—Perfecto, amigo Francisco —interrumpió el heredero de los Jufresa, atemorizado más por un posible decaimiento de la fiesta que por lo lúgubre del asunto—. Si lo he entendido bien, en caso de que llegue la hecatombe no hay nada que hacer porque da igual que seamos hombres justos o malvados irredentos, y en caso de que nada ocurra, ¿por qué habríamos de preocuparnos? Así pues, y como veo a muchas damas aburridas de tanta conversación estirada, ¿qué tal si nos unimos a lo mundano y entablamos relaciones, no fuera que después de medianoche estuvieran los deberes por hacer?

Entre diálogos animados, risas y los sentidos rebosantes de sensaciones, el momento cumbre de la noche llegó con las primeras notas de un concierto también organizado al aire libre. En un abrir y cerrar de ojos aparecieron unas sillas, y un cuarteto formado por tres violines y una viola comenzó a tocar una pieza de Mendelssohn, que enseguida sedujo a los presentes tanto por lo agradable de la melodía como por el virtuosismo de sus intérpretes. A la espera del cambio de siglo, incluso las plantas y las flores del concurrido jardín parecían mecerse impacientes al compás de la música romántica.

El camino hacia la montaña mostraba a lo lejos su sinuoso trazado. Después de haber cruzado Sant Celoni a pie —y de haber ignorado todas las miradas que le cargaron de interrogantes la espalda—, la crudeza de lo natural se mostró ante el viajero en su máximo esplendor. El contraste del azul del cielo con la fuerza del verde de las arboledas sugería un equilibrio más que ideal, eterno. No soplaba ni una pizca de aire.

El forastero eligió una sombra y decidió descansar, a la espera de conseguir alguna indicación por parte de quien se dirigiera hacia la montaña o procediese de ella. A tenor del movimiento en el interior del pueblo, supuso que no tardaría en establecer contacto con algún paisano.

La camisa mostraba unas enormes manchas, y la agitó durante un buen rato, en un intento de evaporar el sudor y, a la vez, refrescarse un poco.

Procedente del pueblo se materializó una carreta vacía que se arrastraba sobre el polvo de la pista. Al hacer el viajero ademán de querer preguntar algo, el carretero detuvo indolente al par de caballos. La piel de los flancos les brillaba húmeda. Desde luego, de paseo no habían estado.

—Buenos días.

—Buenos no sé, amigo, pero aquí, en el llano, calurosos le puedo asegurar que sí —respondió el conductor al saludo. Se tocó la gorra y apoyó cansado un codo sobre la rodilla. Era más bien

achaparrado y cerrado de cejas, aunque la piel tersa de las mejillas inspiraba simpatía—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Soy forastero. —El carretero levantó una ceja como haciendo eco, casi mofa, de tan evidente realidad—. No conozco los caminos hacia los pueblos de la montaña. Me interesaría encontrar trabajo.

El trajinero se quedó un momento pensativo y con la mano del brazo que descansaba en su rodilla se frotó la sien.

—Arriba. A partir de media montaña suele haber más posibilidades. Puede que los de Can Noguera aún estén contratando algún jornalero —dijo al fin reincorporándose—. Es una propiedad grande. Venden madera al aserradero; con mucho bosque, ya sabe.

El viajero no sabía, y mucho menos de tamaños de propiedades. Conocía, eso sí, que la unidad productiva típica de esa zona rural —el *mas*, como se llamaba por tradición— incluía no solo la masía sino también todos los elementos productivos que la circundaban: campos de cultivo, huertos, ganadería, pastos y bosques.

El carretero anunció su ofrecimiento:

—Yo no le garantizo nada. Puedo dejarlo en Confins de la Vall a su cuenta y riesgo. Se ahorra un buen trecho y puede seguir a pie desde allí. A medida que ascienda no notará tanto calor. Esto es insoportable. ¡Vaya día!

La omnipresencia de la naturaleza suavizaba los pensamientos del viajero a medida que el traqueteo de la plataforma del carro se le transmitía a los huesos. Apenas algunos encañizados en los huertos más cercanos recordaban la presencia de la mano del hombre en aquel preludeo del macizo. Se aproximaban al camino hacia el primer valle; ascendía leve, en una advertencia de lo que había de encontrar el peregrino más adelante.

—¿Trabaja usted en alguna masía?

—No, no —repuso el carretero al tiempo que hacía como si apartara una mosca imaginaria—. Yo estoy contratado en la serería de Confins. Un trabajo estable, ya sabe.

—Entiendo.

—Sí. No es que falte empleo, pero en estos tiempos tener un trabajo todo el año es un lujo... Antes había sido mozo de una propiedad allá arriba. Nunca llegué a llevarme bien del todo con el hijo del dueño, así que cuando el padre murió... En Confins sabían de mí. Ahora transporto aquí y allá. Algunas veces directamente a las atarazanas, la mayoría de los otros días por la comarca o a la estación. Doy gracias a Dios. No me importan las inclemencias ni el zarandeo. Lo único que temo es no llevarme bien con la gente. Eso sí me importa.

Al hablar de aquellos parajes, el locuaz carretero le contó que a lo largo de los años la montaña se había ido dividiendo en zonas notablemente distintas. La edad media de los árboles y sus especies variaban de un sitio a otro; en consecuencia, también las aplicaciones de las explotaciones madereras.

—La mayoría de los troncos grandes y rectos tienen valor para el aserradero. Los mejores incluso se venden sin apenas pasarles el cepillo a la corteza. Las ramas y los troncos menudos, en cambio, no interesan a nadie. Los propietarios de los bosques prefieren contratar a leñadores que conozcan bien el oficio de carbonero para que directamente carbonicen la leña cerca de donde se talen los árboles. El carbón se paga a tres o cuatro duros los dos serones.

El recién llegado hizo un gesto de extrañeza.

—Equivale a lo que puede cargar un burro a lado y lado; unos ciento treinta kilos en total —aclaró.

Por el carretero se enteró también de que Sant Celoni debía estar ya sobrepasando los cuatro mil habitantes. Nada que ver con los pocos centenares diseminados por las propiedades cercanas a Confins de la Vall, el lugar al que se dirigían.

—¿Confins es un pueblo?

—Apenas. Cuatro casas y la iglesia. Muchos de los municipios de ahí —señaló hacia delante— no son más que el nombre de un área que abraza fincas con años y años de historia, ya sabe.

—¿Son todas parecidas?

El trajinero soltó una risotada antes de contestar.

—Más bien no. ¿Sabe aquello de que los perros se parecen a

sus amos? Pues aquí ocurre algo parecido: las propiedades se parecen a sus propietarios.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, Can Riu, esa casa que ve a la izquierda... Mejor que no se acerque si no le conocen. Le recibirán con la escopeta cargada. El viejo gasta malas pulgas y no se anda con chiquitas. Su padre era igual que él. —Señaló entonces hacia la derecha—. En Los Prados, sin embargo, son todo amabilidad; les viene del dueño, el *hereu* Bertrán.

—Eso está bien, ¿no?

—Puede, pero el negocio se les está hundiendo. Llevan años sin levantar cabeza. El ganado les cría más bien poco, no llegan a sembrar todos sus campos y dicen que ni los temporeros que trabajan *a bosque* se ganan allí la vida, y eso que van a destajo. ¿Cómo se entiende eso? No se lo aconsejo —sentenció.

La pista ascendía suave pero constante. A tramos los cubrían sombras que se le antojaban deliciosas al viajero. Las vibraciones adormecían los miembros y dejaban insensibles las posaderas.

El carretero le fue poniendo al corriente de las últimas noticias respecto a las heredades más cercanas. De entre las explicaciones sobre las tierras que quedaban más arriba, fuera de la vista, destacó la neutralidad de Can Noguera; al parecer, los dueños vivían en Barcelona y la gestión era llevada con rectitud y profesionalidad por el capataz. Eso les parecía a los de la serrería una garantía de seriedad y constancia, y por eso era uno de los proveedores de madera que él conocía y valoraba bastante bien.

Al rato, Confins se dibujó ante ellos. Ciertamente era una agrupación de unas pocas casas. Destacaban la posada y la iglesia, que a buen seguro congregaba a la población vecina los domingos y fiestas de guardar.

La carreta se detuvo ante una desviación del camino. Mientras el viajero descendía, recogía sus cosas y le daba las gracias, el trajinero hurgó en su faja e hizo aparecer una petaca de cuero. Se lió hábilmente un cigarrillo, que no encendió sino que dejó colgando de la comisura de tal modo que no le impidiera hablar.

—Ha sido un placer, amigo. Continúe hacia arriba. Puede ir preguntando en las masías que encuentre a partir de aquí. Algo

saldrá. —Agitó las riendas y los caballos arrancaron con brusquedad. Cuando el carro siguió el tiro aún se oyó su voz—: Ya nos veremos. Tenga cuidado con los perros. Y si llega hasta Can Noquera, pregunte por Eudald Domènech.

Eudald Domènech lo miró de arriba abajo sin disimular su extrañeza. Le habían mandado llamar y ahora se encontraba ante un individuo de unos cuarenta años, constitución delgada, ojos vivos y extraña vestimenta para aquellos parajes. La chaqueta al hombro y los sobacos sudorosos no significaban para el capataz nada más que lo impropio de malgastar de aquella manera unas buenas telas. Parecía saludable y juicioso, eso sí le importaba.

El viajero se sentía incómodo ante el silencio y la mirada escudriñadora de aquel rudo capataz de pelo revuelto y largas patillas. No sería mucho mayor que él. Aprovechó para dejar la gorra sobre la maleta y remangarse dos vueltas los puños de la camisa sobre los antebrazos. Al presentarse solo había mencionado que buscaba trabajo y que el carretero, y un par de propiedades en las que ya había preguntado, le habían encaminado hasta allí.

—No viene usted de estos menesteres, ¿me equivoco? —Le había dado la mano hacía un instante y eso había bastado para detectar la ausencia de callos.

—No se equivoca.

—Nunca ha trabajado *a bosque* —afirmó más que preguntó.

—No.

—¿Sabe distinguir una encina de un roble?

—No.

—¿Conoce el proceso de quemar la leña para obtener carbón?

—No.

—¿Ha sido intendente alguna vez?

—No. Lo siento.

El capataz se quedó pensativo. Aunque no expresara fastidio, se le notaba contrariado. Una de las cuadrillas le había pedido un refuerzo, y un jornalero que no tuviera la apariencia de un borracho correoso era siempre bien recibido. Si luego resultaba traba-

jador tanto mejor, pero es que aquel individuo parecía realmente alejado de las labores habituales. Las siguientes palabras del forastero facilitaron, sin embargo, la decisión.

—Pero sé entender y acatar una instrucción. A la primera.

Domènech entornó los ojos, como si aquella declaración de verdad significara algo en relación con su cometido de desarrollar allí un trabajo colectivo con el máximo de armonía.

—Bien, probaremos. Empezará de leñador por lo más bajo: servirá como costalero las primeras semanas. No le veo preparándose una cabaña en el bosque, así que le dejaré con Ramona; ella le ofrecerá un sitio en la dependencia de los mozos. Se lo descontaremos del sueldo. —Le miró de arriba abajo una vez más y sin mostrar ningún gesto añadió una última pregunta—: ¿Con quién he tenido el gusto?

—Emili —contestó el viajero vacilante, al tiempo que recordaba el nombre del arbusto que había visto en abundancia en las márgenes del camino—. Emili Boix.*

* Boj en catalán.